

Dr. Aureliano Oyarzún

## Homenaje al Dr. Francisco Puelma Tupper (1)

Señor Rector de la Universidad, señor Decano y honorables Miembros de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas.  
Señoras, señores:

Doy mis agradecimientos al señor Rector de la Universidad, al señor Decano y a los Miembros de esta Honorable Facultad que tan generosamente me han hecho el honor de invitarme a tomar de nuevo un lugar en su seno, honor que desgraciadamente no podré gozar mucho tiempo por mi avanzada edad y escasos conocimientos.

Agradezco, asimismo, la ocasión que me brinda esta misma Facultad para recordar la memoria del señor Francisco Puelma Tupper, uno de sus más ilustres miembros, que consagró su vida al mejoramiento de los estudios médicos y la práctica médica, a la higiene pública y a la cultura de su patria.

Me complace, por fin, haber llegado a este momento de mi vida para expresar aquí públicamente mi afecto y gratitud a este querido e inolvidable maestro.

Al haberseme confiado la tarea de ocuparme del primer profesor que desempeñó la cátedra de Anatomía Patológica en Chile, he creído que el mejor modo de dar realce a mis palabras, era el de bosquejar someramente el estado de la medicina en el siglo pasado, pasando rápidamente en revista los factores que contribuyeron a formar este ramo, base de la medicina moderna.

---

(1) Discurso de incorporación del profesor Dr. don Aureliano Oyarzún, como Miembro Académico de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas. Junio de 1937.

Sé bien que no voy a decir nada que no sea ya del conocimiento de los señores Profesores y Académicos que me hacen el honor de escucharme, pero, tratándose de la anatomía patológica que costó tanto a la ciencia formar y que no se aclimató fácilmente entre nosotros, conviene recordar brevemente siquiera, la historia de su introducción en nuestros estudios médicos.

Juan Bautista Morgagni, nacido en la antigua ciudad italiana de Forlì el 28 de Febrero de 1628, fué durante cincuenta y nueve años profesor de Anatomía Patológica en la Universidad de Padua, siendo el resultado de sus estudios la obra que publicó en Venecia el año de 1761 con el título de: *De sedibus et causis morborum per anatomen indagatis, Libri V* con la que puso la piedra fundamental del edificio que hoy llamamos anatomía patológica.

Sólo ocasionalmente se abrían los cadáveres en los tiempos antiguos y nada más que con el objeto de estudiar algún problema anatómico, costumbre que cambió con Vesalio en 1543, que estudió sistemáticamente la anatomía del cuerpo humano, haciendo dibujar y grabar sus preparaciones por Calcar, discípulo del Ticiano. Frutos de estos trabajos son los siete libros titulados: *De corporis humana fabrica*, de estos autores.

Inspirada la medicina, antes de Vesalio, en especulaciones filosóficas únicamente, empezó a desligarse poco a poco de estas ideas para apoyarse en la observación, como lo hizo Harvey que descubrió por ese tiempo la circulación de la sangre.

Contribuyeron a este progreso los descubrimientos de la física y la astronomía en los siglos XVII y XVIII, hasta llegar a Bichat en el siglo XIX que, estudiando la estructura fina de los tejidos del cuerpo humano, o sea la histología, orientó los estudios hacia el camino de la ciencia actual.

Es curioso observar que, tratándose de este ramo, y a pesar de la poca importancia que mereció a este investigador el microscopio, que no era entonces, por supuesto, el acabado instrumento de que disponemos hoy, pudo escribir sus trabajos de «Anatomía General» y de «Las membranas», conocidos en nuestro país hasta la octava década del siglo pasado, puesto que los estudiantes de ese tiempo debían responder en el examen de anatomía acerca de las diferencias que había entre las membranas mucosas, fibrosas, muco-fibrosas y las que carecían de clasificación, como las sinoviales, vasculares, coróideas, etc. Junto con esto se discutieron en ese tiempo

vivamente los fenómenos y los fundamentos de la vida, entre los que llamaron la atención las ideas del mismo Bichat que, definiéndola con su célebre aforismo: «la vida es el conjunto de fuerzas que resisten a la muerte», nos deja perplejos cuando pensamos que ya había expresado antes que la vida era «un todo original e independiente» que separa la creación muerta, de los fenómenos orgánicos».

Siguieron avanzando las investigaciones, sin conseguirse en toda la primera mitad del siglo XIX un resultado apreciable. Se trató de averiguar más de cerca aún las relaciones que había entre la vida y las enfermedades, apareciendo las teorías del vitalismo, irritabilidad, etc.

Se discutieron de nuevo las teorías de Paracelso sobre el Archæus, o sea, si este era en realidad la fuerza que gobernaba al cuerpo; si se producían las enfermedades por un desequilibrio de los líquidos del mismo; o por una excitación del sistema nervioso; o por un estado de irritabilidad especial, etc.

Hubo un clínico que llegó a decir que debían clasificarse las enfermedades por familias, géneros y especies, como los objetos de la historia natural.

Cruivelhier y Rokytansky, entretanto, contribuían al progreso de la anatomía patológica, estudiando las lesiones que producían las enfermedades en el cuerpo y principalmente en la sangre.

Pero, andando más el camino, se imponía ya la necesidad de revisar en conjunto las concepciones médicas reinantes, creando, como se hizo, escuelas que sabían que la medicina no era hasta ese tiempo ni una ciencia ni un arte que descansara en fundamentos seguros.

«Preparado así el campo, era de esperar, dice C. Posner, una buena cosecha, pues ya habían despertado los espíritus y estaban listos para avalorar lo que se les presentara, aunque persistía siempre el peligro de la dispersión y la destrucción».

«Se temía aún que los mismos nuevos descubrimientos fueran presa de especulaciones extravagantes.

«Era necesario disponer, por lo tanto, de una personalidad consagrada a un estudio de hierro y de una voluntad de acero para fijar el punto de apoyo de la palanca del problema; que tuviera bastante talento y energía para sostener por el camino de la inducción, basado en innumerables observaciones personales, lo que sólo un genio era capaz de ejecutar, para así juntar el material disperso con el propio y proyectar un edificio

de valiente y bien dispuesta contrucción y levantarlo como el exponente de una verdad imperecedera hasta más allá de las generaciones.

«Este genio fué Rudolph Virchow.»

Aunque Bichat y Müller habían reconocido ya la importancia de la microscopía aplicada a la anatomía general, Laennec había expresado la opinión de no buscar las causas de las enfermedades en las alteraciones finas de los tejidos, causas que podían conducir a conclusiones absurdas y a apoyar hipótesis basadas en ilusiones de óptica, sin provecho para la medicina.

Virchow, al contrario, reconoció de tal manera la importancia del microscopio, que lo llamó *primum movens*, a causa, decía, de ser un instrumento que acerca trescientas veces la visión de los fenómenos de la naturaleza.

Fundada la teoría celular por Schwann, según la cual el organismo está formado por células provenientes de una masa inorgánica llamada cystoblastema que secreta primero un núcleo y se rodea después de una vesícula membranosa, células que se formarían por sí solas, libremente, rara teoría que estaba en contradicción con los descubrimientos de Remark que ya había estudiado las hojas que forman el embrión. Pero es justo recordar también que esta falsa interpretación se debió a que no se habían descubierto células en los huesos, los cartílagos y el tejido conjuntivo. Mas, luego los aisló Virchow, advirtiéndole que presentaban formas extrañas, diferentes a las conocidas, pero que desempeñaban funciones propias con sus congéneres ya estudiados.

Desde esta fecha se sabe que la vida reside en la célula y que la substancia inter - celular depende de ella.

Virchow se imaginó, con razón, que cada célula constituye una unidad de vida y nutrición y que, perturbadas estas funciones, sobrevénía la enfermedad.

Esta acción patógena era, según él, la causa y el foco de la enfermedad.

Con esta sencilla observación y concepción genial de Virchow, se había encontrado, por fin, «el puente que debía unir para siempre la fisiología con la patología celular, el verdadero valor del concepto de la enfermedad y la eterna sucesión de la vida orgánica (C. Posner).

Y es con esta misma idea también con la que nació, a mediados del siglo pasado, la patología celular que, con el perfeccio-

namiento del microscopio, ha llegado a formar el ramo fundamental de la medicina que se practica hoy en las escuelas y hospitales del mundo entero.

Junto con recordar así el nacimiento de la anatomía patológica, considerar que recién se habían comenzado a conocer y estudiar en sus componentes de núcleo y protoplasma las modificaciones que producían las enfermedades y elevar así el grado de ciencia natural a la medicina, vemos que se derribaron las ideas absurdas sobre las enfermedades que desde la antigüedad habían dominado al espíritu de los médicos.

Se debe esta obra a la patología celular que dignificó y fundamentó a esta ciencia, joven todavía, que no cuenta con un siglo de existencia.

Al estudio razonado de las lesiones macroscópicas que habían descrito Morgagni y sus sucesores; siguió el de las microscópicas que revelaron las alteraciones más variadas en la estructura íntima de las células.

Así floreció la anatomía patológica, buscándose en el cadáver las causas de los fenómenos observados en el enfermo durante la vida.

Fueron, sin duda, las escuelas de Wuerzburg y Berlín con Virchow a la cabeza las que dominaron esta enseñanza a mediados del siglo pasado. Son ellas las que estudiaron sistemáticamente la estructura, las relaciones, desarrollo y metamorfosis de los tejidos producidos por las enfermedades.

Y así, con el método de levantar un acta para cada autopsia, se acumuló tal cantidad de material de estudio, que, no sin razón, el mismo Virchow proclamó a Rokytansky el Linné de la anatomía patológica. Los trabajos de éste investigador se basan en más de cien mil autopsias que había protocolizado con sus ayudantes.

La escuela de Viena cosechó luego sus frutos. Fué la de uno de los más grandes y desgraciados genios que me va a ser permitido recordar aquí, porque sus memorables descubrimientos se apoyaron únicamente en la anatomía patológica.

Me refiero a Ignacio Felipe Semmelweiss, húngaro de nacimiento.

Allá por los años 1846 a 49 ejercía este investigador las funciones de ayudante de una de las clínicas de partos de la Universidad de Viena, donde descubrió la causa de la fiebre puerperal que diezmaba a las clínicas de esa ciudad.

Fué en la clínica de su peor enemigo, del orgulloso profesor

Klein, y en las desamparadas salas de autopsias de Rokytansky donde hizo la observación de que las manos de los estudiantes de anatomía patológica eran las que, al examinar a las parturientas, les comunicaban el veneno de la terrible enfermedad, pero también las de los médicos y las matronas que no habían tenido nada que hacer con los cadáveres, que no se las habían lavado como ya lo había prescrito en su clínica.

Modesto por carácter y costumbre, tuvo dificultades para escribir, o mejor dicho, no se resolvió a hacerlo sino cuando vio que nadie le oía, siéndole preciso, al fin, dejar testimonio escrito de sus descubrimientos. Existen así muchas cartas dirigidas a varios profesores, lo mismo que su obra clásica, poco conocida entre nosotros, sobre *La etiología, profilaxis y concepto de la fiebre puerperal* donde se explican, con toda clase de detalles, sus observaciones sobre esta fiebre y las medidas que deben tomarse para extinguirla de las maternidades, considerándola como producida por heridas vulgares que era preciso tratar con la limpieza y sustancias químicas.

Horrorizado ante el cuadro que se le ofrecía diariamente en la Clínica, por la fiebre puerperal, y convencido de que se podía preservar a las parturientas de este mal, se dirigió repetidas veces a su jefe, a los profesores de la Facultad y a los directores de las clínicas de maternidad europeas sin conseguir hacer oír su voz. Al contrario, un alumno de la Universidad de Wuerzburgo, dirigido por Scanzoni, publicó una memoria contradiciendo su doctrina y por la que se le otorgó una medalla de oro.

Convencido de sus ideas y saturado hasta la saciedad de las molestias que le habían procurado los profesores y aún sus amigos, se dirigió un día a Spaeth, Scanzoni y von Siebold y a los parteros, en general, llamándolos «asesinos».

«El asesinato debe terminar alguna vez, decía, y para que esto suceda, voy a montar la guardia y el que permita propagar ideas erróneas sobre la fiebre puerperal, encontrará en mí a un enemigo. Para combatir el asesinato no hay más remedio que presentar desnudo al enemigo.»

A pesar de esta enérgica amenaza, se ablanda su corazón cuando se dirige a Siebold, su antiguo amigo, a quien escribe: «Suplico a Ud., señor profesor, haga suya la verdad de mi doctrina para que así, ayudado de su benevolencia, pueda encontrar un apoyo en su entendimiento, alegrar el alma de las ma-

dres y ver vacíos los depósitos de los cadáveres, adonde van a parar tantas desgraciadas.»

Y a Scanzoni, profesor de Wuerzburgo: «Señor profesor: Usted ha tenido razón durante trece años porque he permanecido callado. Hoy quiero hablar y volver por mis derechos, de los que haré uso por tanto tiempo como necesite el género humano femenino para dar a luz a sus hijos.

«Los médicos que practican en la ciudad de la residencia de usted y en sus alrededores son unos ignorantes y la culpa de esto la tiene usted, señor profesor, que reparte por toda Alemania un fuerte contingente de asesinos.

«Si continúa, señor profesor, educando a sus discípulos en la teoría epidémica de la fiebre puerperal, declaro ante Dios y el Mundo que es usted un asesino.»

Más aún, viendo que los profesores no querían aceptar sus doctrinas, decidió dirigirse al público con las siguientes palabras:

«¿Sabes tú, padre de familia, lo que significa llamar a un médico o a una matrona para que asista a tu esposa? Significa poner en peligro la vida de tu mujer y la de tu hijo, pero no creas tampoco que tienen la culpa de esto el partero o la matrona que llamas, sino el profesor de la Universidad donde estudiaron ese partero y esa matrona y que no enseñó a sus discípulos que era posible suprimir la fiebre de reabsorción, evitando la llegada de substancias impropias a este acto por las manos del operador o utensilios que no estaban limpios.

«Deseo que el público sepa mejor estas cosas que los mismos profesores.»

Mucho se habló en ese tiempo de que, al ser ciertas las afirmaciones de Semmelweiss deberían referirse únicamente a lo que había observado en las clínicas sobre la transmisión de veneno de los cadáveres por los estudiantes de anatomía, pero se olvidaba que sus observaciones se habían extendido también a otros casos.

Así, por ejemplo, una parturienta que había llegado a la clínica con una herida en supuración de una pierna, se enfermó por esta causa de fiebre puerperal; que otra, con un cáncer del útero, tuvo la misma mala suerte y que, por fin, una epidemia de erisipela desarrollada en una sala de cirugía, se extendió también a una de partos en la forma de fiebre puerperal e hizo innumerables víctimas.

Vemos por esto que las doctrinas de Semmelweiss se habían

extendido ya a todo lo que hoy llamamos infección, y, desde este punto de vista, hay que considerarlo como el primero que aclaró en cirugía el concepto de las enfermedades contagiosas producidas por contacto directo de substancias venenosas venidas del exterior con las heridas, como las que se producen en el acto del parto en el útero.

Pero la historia nos refiere asimismo que, ante todas estas tribulaciones, Semmelweiss tuvo admiradores, uno de los cuales rindió su vida por un exagerado sentimiento de delicadeza. Me refiero al profesor Michaelis de la Universidad de Kiel, conocido por sus trabajos sobre las deformaciones de la pelvis, quien, leyendo una carta de su alumno Schwarz, fechada en Viena, sobre las doctrinas de Semmelweiss, comprendió lo que hacía tiempo ya había sospechado, o, mejor dicho, reconoció respecto de la fiebre puerperal.

Impresionado por la lectura de esa carta, bajó la cabeza y vino recién a darse cuenta de la desgracia que había ocasionado, sin sospecharlo, a una joven pariente, sol de la familia, asistiéndola en su primer parto. Se le representaron de nuevo con horror la aparición de los escalofríos de la joven parturienta. Enferma, la vió sonreír bondadosamente hacia él. «No se asuste señora, es sólo un poco de dolor de cabeza.» La volvió a ver después con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, las facciones borradas y los estertores de la agonía. ¡Y él allí presente, atormentado con la desgracia, impotente y sin ayuda, con la cara amable al principio, que se le transformó en una de espanto después!

De allí mismo, con el alma adolorida, volvió a la Clínica a ordenar el más escrupuloso lavado de las manos con agua de cloro, como ya lo había prescrito Semmelweiss.

No se hizo esperar el buen éxito de esta sencilla precaución.

Desapareció, como por encanto, la fiebre puerperal en la Clínica del Prof. Michaelis.

Pero el mismo no se conformó con este resultado, pues mientras más se penetraba de la nueva doctrina, más pensativo y triste se ponía. No le abandonaba la idea de que por su culpa se habían muerto su pariente y tantas enfermas de su Clínica.

Agotado, al fin, su espíritu hasta la melancolía, sentado una tarde de Otoño sobre los rieles de un talud de una línea férrea de Hamburgo, sumido en sus pensamientos, dejó que



la «locomotora pasara por su cuerpo de cuyos brazos de acero se le separó completamente destrozado.» (Malade.)

Y, tanto siguió hablándose de que Semmelweiss atribuía la fiebre puerperal sólo al contacto de las manos con los cadáveres, que decidió, al fin, demostrar públicamente su doctrina sobre esta enfermedad en la misma Academia Imperial y Real de Medicina de Viena, exponiendo que: «La fiebre puerperal no es una enfermedad contagiosa ni específica, sino que se debía, más bien, al aporte o llegada a la sangre de una materia animal en putrefacción, proveniente de cualquiera otra enfermedad, de un organismo vivo o de un cadáver, materia que llegaba a la sangre por las heridas del útero en el momento del parto. Esta substancia era llevada a los órganos genitales femeninos, no sólo por medio de las manos del partero, sino que también con los objetos y utensilios impregnados con ella o con el aire cargado de partículas en putrefacción.»

Señores: En mis tiempos de estudiante, en 1885, se me enseñó que, tratándose de la fiebre puerperal, el papel del médico era retirarse a su casa y cerrar la sala del hospital. ¡Tan poco había avanzado la bacteriología en ese tiempo, a pesar de que ya se conocían el bacilo de la tuberculosis y las enigmáticas esporas del *Bacillus Anthracis*!

Pero recordemos cómo llegó Semmelweiss al conocimiento de estos hechos.

Únicamente por la observación de la enfermedad en los cadáveres, o mejor dicho, por una razón anátomo - patológica.

Comprendió desde luego que los estudiantes que visitaban los anfiteatros de anatomía y después las clínicas de maternidad, llevaban en sus manos la fiebre puerperal a las parturientas, y luego después, que los repetidos exámenes de las matronas que no observan la limpieza de sus manos, eran, a pesar de que no habían estado en contacto con los cadáveres, también las portadoras del mal. Y, asimismo, que las parturientas que no eran sometidas a este examen o llegaban a la Clínica en el período de la expulsión, no sufrían de esta enfermedad.

Pero, como ya lo dejo dicho, la verdadera base de su doctrina se apoyó en la anatomía patológica por haber sido un digno discípulo de Rokytansky, de quien aprendió la constancia en el trabajo, la exactitud del diagnóstico y el respeto escrupuloso por la redacción del protocolo de autopsias.

Observó así que todos los cadáveres de las víctimas de la fiebre puerperal presentaban siempre las mismas lesiones ana-

tómicas y, lo que es más interesante todavía, los de los hijos que habían dado a luz.

«Ved, señores, decía una vez a sus alumnos: «Estas asperezas de las válvulas del corazón son iguales en la madre y su hijo.»

«¿No salta esto a la vista?»

Comparando los demás órganos: «y aquí las inflamaciones, exudaciones y trombosis de los diversos órganos del cuerpo, ¿no son las expresiones de un mismo proceso? Es claro, ¡el niño murió también de fiebre puerperal!

Ausente de Viena a causa de un corto descanso que tomó en Italia y vuelto a la Clínica, se encontró con la triste nueva de que su compañero de autopsias y querido amigo, el profesor de Medicina Legal Kolletschka, acababa de fallecer de septicemia, a causa de una picadura anatómica que le había ocasionado uno de sus discípulos en una mano, produciéndole una inflamación de los vasos linfáticos del miembro afectado y del peritoneo, pleuras, pericardio, meninge y un absceso del ojo derecho.

Esta noticia conmovió profundamente a Semmelweiss. Estudiando después cuidadosamente el acta de la autopsia hecha por Rokytansky, se convenció de que las lesiones anatómicas que presentó el cadáver de su amigo correspondían a las de cientos de casos observados por él en la fiebre puerperal. Eran producidas, por lo tanto, por la misma causa. Kolletschka había muerto, según él, a consecuencia de una herida anatómica que pudo producir la muerte por sí sola, pero sí por el veneno cadavérico que penetró a su cuerpo por ella. ¿No presenta también una parturienta muchas heridas por las que se introduce a la sangre el veneno que produce la fiebre puerperal?

Observó todavía que durante su ausencia en el extranjero, en la maternidad en que trabajaba, había disminuído considerablemente la enfermedad por no haberse ocupado su reemplazante de hacer autopsias.

Consideró, además, lo que todo anatómo - patologista sabe; que el olor del cadáver se impregna de tal manera en las manos del operador, que no desaparece sino dos o tres días más tarde.

De esta observación dedujo que deben adherirse a las manos partículas cadavéricas que son venenosas y que en contacto con las heridas de las parturientas pasan a ellas para producir la fiebre puerperal.

Discurriendo entonces que una substancia química ade-

cuada podría hacer desaparecer este veneno, ordenó lavarse fuertemente las manos con jabón y escobilla hasta casi descamarse la piel y enjuagarse después en una solución de cloruro de cal.

Con esta sencilla prescripción había descubierto Semmelweiss la misma desinfección con que Lister, veinte años más tarde creó la cirugía moderna, aun partiendo de la base errónea de que las infecciones se hacían sólo por el aire.

En el mes de Abril de 1847, cuando no había introducido todavía el lavado de las manos, de su clínica, de trescientas doce parturientas, murieron cincuenta y siete de fiebre puerperal.

Los lavados empezaron en Mayo: ya en Junio había disminuído la mortalidad y en Julio, de ciento ochenta enfermas, sólo fallecieron tres.

De un golpe había descubierto, con esto, Semmelweiss que la infección de las heridas se hacía por contacto y no por el aire, como lo creyó el ponderado epidémico de aquel tiempo, y de un golpe descubrió también, no sólo la antisepsis que hizo la fama de Lister y que ha sido abandonada casi completamente hoy, no quedando de ella sino el sublimado de Koch, el rivanol de Morgenroth y Klapp, el Dakin y la incomparable tintura de yodo de Grossich, para no citar sino los más importantes, y adoptar la asepsis física como el método por excelencia que llena las necesidades de la cirugía y que también volvió a descubrirse después de muchos ensayos por Bergmann y Schimmelbusch y otros cirujanos al terminar el siglo pasado.

A pesar de todo, no fué Semmelweiss con sus trascendentales descubrimientos, ni el hombre de la dicha ni de la gloria. No sólo no se le reconocieron sus descubrimientos, sino que se mofaron de él y le agriaron los togados de la Universidad de Viena de tal manera la existencia que, contando apenas cuarenta y siete años de edad, murió loco en un asilo de Viena, sin haberse conformado jamás con las injusticias de los hombres; y nótese bien, falleció a consecuencia de una herida supurada de una mano que se infirió él mismo en uno de sus ataques de excitación, es decir, ¡de la septicemia que había descubierto y descrito en sus enfermas y recién nacidos de fiebre puerperal y que había constatado en el acta de autopsia de su amigo Kolletschka!

¡Suerte del destino, señores, Roberto Mayer, médico de ese tiempo, también observando el color rojo de la sangre de las venas de los enfermos que sangraba en el trópico, descu-

briendo la ley más grande de la mecánica, la conservación de la fuerza, sufrió los ultrajes de sus contemporáneos y terminó también en un asilo de insanos!

Budapest, lugar de nacimiento de Semmelweiss, le ha dedicado una estatua en un parque público y una placa conmemorativa en la casa en que nació.

«Cientos de mujeres y hombres, dice Malade, peregrinan anualmente con respetuoso recogimiento delante de su tumba y su casa, para ofrecerle el testimonio de su agradecimiento y simpatía. Entretanto, su espíritu está presente en todos aquellos lugares del mundo en que una madre, sana de cuerpo y alma, ha pasado la hora del sacrificio y, radiante de felicidad, oprime en su corazón al recién nacido.»

A pesar de la importancia que ya habían tomado los estudios de anatomía patológica en el Viejo Mundo, no se le había dado en Chile la que merecía, hasta que el Decano de esta Facultad, señor José Joaquín Aguirre, de muy grata memoria también, propuso al Supremo Gobierno, el 11 de Enero de 1874, el envío a Europa del aventajado estudiante Francisco Puelma Tupper para que se trasladase a Alemania a estudiar esta rama de las ciencias médicas para enseñarla después en el país.

Aceptada esta propuesta, visitó Puelma las Universidades de Estrasburgo, Viena y Berlín, principalmente, donde recibió las lecciones de Virchow y se graduó para ejercer su profesión de médico en Chile.

Nacido en 1850 contaba veinticuatro años de edad cuando partió a Europa.

Fueron sus padres, don Francisco Puelma, Senador de la República y explorador del desierto, y la distinguida dama de la sociedad de Santiago, señora Elisa Tupper, de quienes heredó el carácter y la sangre nórdica de sus venas que le imprimieron un sello especial a su personalidad, mereciéndole aún el nombre del «gringo», apodo cariñoso con que siempre lo nombraron sus amigos.

Si se agrega a esto sus modales de hombre de bien, alta cultura y sus geniales ocurrencias y chistes en la conversación, destinados a criticar ciertas conveniencias sociales que no eran de su agrado o a hacer la caricatura de alguna impertinencia

también social, no será difícil comprender que se captara fácilmente la admiración y el cariño de los que frecuentaban su amistad.

Se caracterizó su vida por su anhelo a la perfección de sus semejantes, ayudándolos en sus necesidades espirituales y corporales.

Haciendo sus estudios en el Instituto Nacional, niño todavía, se enroló de simple soldado en las milicias para servir en el conflicto con España en 1866. Como estudiante de medicina, prestó sus servicios en 1872 en la gran epidemia de viruelas de Santiago, por lo que se le concedió la medalla de oro.

Sirvió largos años en la «Sociedad de Instrucción Primaria».

Fundó con varios amigos *La Revista Médica de Chile*, una de las primeras publicaciones de este género, en Sud América.

Vuelto a su patria en 1879 fué portador del método para curar las heridas, llamado de Lister, que apenas empezaba a ponerse en práctica en ciertas clínicas quirúrgicas europeas.

Prestó este método grandes servicios en los hospitales de sangre de Santiago, que hospedaban entonces a numerosos heridos de la Guerra del Pacífico, y donde trabajó Puelma gratuitamente durante tres años.

Basada esta curación en la antisepsis, defendiendo las heridas del aire y lavándolas abundantemente con sustancias químicas antisépticas, como el ácido carbólico ante todo, se concluyó inmediatamente con la septicemia, la gangrena de hospital y otras enfermedades, siendo prodigiosos sus resultados.

Pero no se detuvo aquí la actividad de Puelma. Se trasladó también a los campos de batalla, lo que le hizo acreedor a una nueva distinción por sus servicios en la guerra.

Fué, en seguida, varios años médico *ad-honorem* del Hospital del Salvador y Secretario de la Junta de Lazaretos y Servicio de Vacuna.

Por fin, en Abril de 1883, le fué permitido inaugurar su cátedra de Anatomía Patológica en el anfiteatro del Hospital de San Juan de Dios, situado en la calle de San Francisco.

Pronunció entonces en su discurso inaugural las palabras siguientes que hasta hoy conservo en mis viejos apuntes de estudiante y que, por su actualidad eterna, deben considerarse como base de investigación científica y declaración de los principios que profesó durante toda su vida.

«En la antigüedad como en la Edad Media y al presente, el espíritu del hombre ha seguido dos caminos diversos para formar su juicio y su criterio acerca de todo cuanto afecta a nuestros sentidos e interesa a nuestra mente. Dos distintos sistemas filosóficos son hoy, como siempre, los que se disputan el dominio intelectual de la humanidad.

«Uno de esos sistemas pretende menos llegar al conocimiento de los fenómenos vitales o cósmicos que pasan dentro o fuera de nosotros, como imponer absolutamente el juicio que más convenga a una doctrina o a una teoría previamente sentada como incontrovertible y evidente.

«El otro sistema, por el contrario, carece de doctrina y de teoría que afirmar o sostener. Estudia cuanto está a su alcance, analiza, describe, clasifica con infatigable actividad, ya la planta, ya el mineral, ya cualquiera de los seres animados o los fenómenos sin cuento de la naturaleza; hace de ésta su objeto predilecto de observación, trata de sorprender sus secretos, sus leyes, y aún después de encontrarlos los comprueba mil veces por medio de la experimentación, antes de adoptarlos como verdades, como hechos.

«Este sistema es el único científico; la medicina, como todos los ramos del saber humano, ha pasado por ambas fases filosóficas. Y así, de las teorías generalizadoras, de las aseveraciones *a priori*, calculadas para explicar infinitos fenómenos mórbidos, cuyo estudio especial se descuida, la medicina ha descendido al terreno de los hechos, a la observación inmediata de ellos, a la clasificación natural, a la experimentación, como medida de prueba y de criterio seguro.»

Provisto apenas de los instrumentos y utensilios más indispensables para practicar las autopsias, en un lugar inadecuado para esta clase de trabajos, empezó a enseñar el nuevo ramo.

Adoptando los métodos instituidos por Virchow, fueron sus lecciones una revelación que luego iban a aprovechar la clínica y la medicina legal, esta última bastante descuidada entonces entre nosotros.

Enseñó también la Patología General y la Fisiología, siendo él el introductor de la experimentación en nuestra Escuela. Fué también el primer profesor de Propedéutica de la misma.

El uso del microscopio fué otra de las novedades introducidas por Puelma en su cátedra de Anatomía Patológica.

La ejecución de autopsias completas, el estudio particular de los órganos sanos y enfermos, sus relaciones con las enferme-

dades, etc., y el examen microscópico de las alteraciones finas que ellas producían, completaban la epicrisis del diagnóstico anatómico.

No fué siempre posible, sin embargo, comparar este diagnóstico con el clínico de las enfermedades, tanto porque no se había generalizado todavía la costumbre de escribir la historia de los casos clínicos en los hospitales, como porque luego se vió que más interesaba a las clínicas su propio diagnóstico que el del anatómo - patologista.

Esta desinteligencia enturbió naturalmente las relaciones de estas Cátedras y perjudicó a la enseñanza hasta el extremo de renunciar Puelma pocos años después a sus labores del magisterio.

Fruto de su profesorado fueron los conocimientos que aportó a las nuevas generaciones de médicos sobre las lesiones anatómicas del cadáver, como por ejemplo, las degeneraciones, los tumores, la tuberculosis, la neumonía, el tifus abdominal, la embolía grasosa, la disentería, los abscesos hepáticos tan frecuentes entonces en Santiago, los parásitos animales y vegetales, etc., etc.

Pudo haber enriquecido en esa época nuestra literatura médica con numerosas publicaciones de sus observaciones en un medio y en un tiempo en que todo estaba por hacerse, pero prefirió cederlas generosamente a sus alumnos para sus memorias y trabajos.

Dejó, sin embargo, varias publicaciones científicas, muchas de las cuales no llevan su firma, pero la mayoría de ellas está contenida en las actas de las sociedades en que actuó y en la prensa diaria, en la que colaboró también con toda clase de estudios sobre ciencias, política, etc.

Colaboró también en la traducción del *Manual de Anatomía Patológica* de Orth hecha por algunos de sus alumnos, la primera obra de su género en lengua castellana que luego se difundió por las escuelas médicas de la América latina.

En su carácter de Miembro y Secretario de esta misma Facultad de Medicina, contribuyó a la reforma de los estudios médicos, culminando su obra y la de sus compañeros de estudio en el extranjero con la inauguración del actual palacio de la Escuela, que sustituyó al pesebre de la calle de San Francisco.

Fué, asimismo, el alma de la fundación del Instituto de Higiene y a él debemos con sus consejos los magníficos servi-

cios de agua potable y canalización de muchas ciudades de la República, y de Santiago en particular.

Su espíritu inquieto y escudriñador lo llevó también como a su señor padre, a los desiertos del Norte, donde no cosechó sino desilusiones, pero no así en el Sur, en la agricultura, que le proporcionó los bienes que le permitieron gozar de una tranquila ancianidad.

Participó desde muy temprano en la cosa pública, trabajando por la difusión de las ideas liberales en que habían tomado parte principal los fundadores del radicalismo chileno de esa época. Fué así miembro de la sociedad llamada de «La Igualdad» y de otras similares que ya existían o seguían fundándose en ese tiempo de agitación y luchas políticas.

Ardiente partidario de los Matta, Gallo, Bilbao, Koening, Palazuelos, Castellón, etc., contribuyó con su voto a la aprobación de las llamadas leyes civiles dictadas por el Congreso en tiempos del Presidente Santa María.

Como su maestro Virchow en el Reichstag, defendió en el Parlamento chileno las leyes liberales, abogó por el bienestar popular, la higiene, la vacuna obligatoria, la represión del alcoholismo, la instrucción y el progreso de las instituciones culturales del país.

Su firmeza de carácter no le permitió doblegarse jamás ante ninguna clase de conveniencias sociales o de otra especie. Al contrario, dotado de nobles cualidades morales y, practicando siempre el principio de la justicia humana, concedió a cada uno lo que merecía, conservando él su independencia.

Habiendo sido uno de los más celebrados profesionales de su tiempo, no ejerció su profesión de médico por lucro. Al contrario, el rico, el pobre y el amigo, fueron testigos y participantes de su generosidad y desprendimiento.

Falleció Puelma el 22 de Junio de 1933.

Señores: si prestamos admiración y gratitud a los maestros de otros países que han hecho con su genio la felicidad humana, ¿por qué no hacemos aquí lo mismo con Francisco Puelma Tupper, a quien debemos la introducción de la Anatomía Patológica, la Higiene Pública, la reforma de la Escuela Médica y tantas otras obras de cultura y altruísmo de nuestro país? ¡Sólo cumpliremos con un deber!

He dicho.